

Una noche en el bosque

Raul Soria

Image not found.

Capítulo 1

Escribo esto para dejar una advertencia, después de lo sucedido esta noche, para que quienes encuentren este manuscrito sepan que no deben acercarse a este lugar maldito. En una noche que todavía no termina, a pesar de lo inapropiado del lugar y las circunstancias en que escribo esta relación, espero disponer de tiempo suficiente para dejar constancia de todo lo que me sucedió mientras cazaba.

Encerrado de una especie de iglesia pretérita que se supone no debería existir en este lugar, con la compañía de un anciano párroco, nos preparamos para enfrentar a eso que está afuera.

Soy aficionado a la caza, lo fui desde que tengo recuerdos. De pequeño solía acompañar a mi padre en sus cacerías. Aislados de la naciente civilización urbana, rodeados de bosque, mi padre, mi madre, mi hermana y yo vivimos juntos en una cabaña en los márgenes del bosque. Por lo demás, la caza, la pesca y nuestros cultivos nos proporcionaban el sustento diario, amén de lo conseguíamos intercambiando pieles y carne en el pueblo distante unos kilómetros. Mi padre era un cazador nato, con un instinto casi animal para la caza. Incluso cuando teníamos carne en abundancia era difícil persuadirlo de no salir al bosque a buscar presas, tan aficionado era.

Sin embargo, por paradójico que parezca, recuerdo claramente que había determinadas fechas en las que mi padre, o se rehusaba a salir al bosque, o si lo hacía, siempre volvía antes del anochecer. Incluso aunque estuviéramos escasos de alimento. Nunca supe cuales eran sus motivos para tal proceder, y por supuesto él siempre se negó a decírmelos. Solo sé que observaba la luna antes de salir al día siguiente a cazar. Para mí no había explicación racional para ello, y no fueron pocas las ocasiones en que abruptamente debimos retornar antes de que anocheciera incluso teniendo las presas a la vista.

Solo en una ocasión, hace ya muchos años, una tarde de invierno en la que nos adentramos bastante en el bosque, me urgía insistentemente a retornar a casa antes de que anocheciera, y ante mi asombro y fastidio por tan impropio comportamiento en una persona viril como él, lo único que conseguí es que me dijera que cuando ya no estuviese debía cuidarme de salir a cazar cuando la luna se levante roja porque el bosque no era el mismo. A pesar de mi insistencia no pude obtener más información. Bueno, supongo que ahora ya se cuál era el motivo.

Fallecido mi padre, y apenas casado yo, habíale contado esto a mi joven esposa, y ella, con su típica superstición femenina, o tal vez un sexto sentido, adopto la absurda costumbre de mirar la luna para permitir o no que yo saliera a cazar al día siguiente. Se obstinó de tal manera al

respecto que era difícil evadirme de su pertinaz mirada los días en cuestión.

Ahora la luna era un disco rojo que comenzaba a levantarse por el horizonte, sin embargo, desoyendo las advertencias de mi esposa, durante la siesta y aprovechando su ausencia momentánea, tomé mi escopeta y partí rumbo al bosque, cerrando para siempre, sin saberlo yo, la puerta de mi felicidad.

El ocaso me había encontrado todavía en el interior del inmenso bosque. Había perdido yo la noción del tiempo a causa de una caza inusualmente fructuosa, y seguí adentrándome sin cuidado alguno. Cuando finalmente cayó la noche no sentí temor alguno, es una noche calurosa de verano, la luna iluminaba todo *como si fuera de día*, el coro ensordecedor de insectos y pájaros nocturnos tan familiares en las noches calurosas para quienes vivimos en los márgenes de la civilización resonaba por todo el bosque. El lugar me era perfectamente conocido por lo que seguí adentrándome con la esperanza de conseguir más presas para mi bolsa y con la certeza de que iba a pasar la noche en el bosque, por estar varios kilómetros alejado del hogar.

Fue en uno de esos momentos de descanso, cuando comía algo junto al fuego antes de recostarme a dormir, cuando de repente me percaté del silencio absoluto que reinaba alrededor. Ni un insecto, ni un pájaro, ni animal salvaje alguno se dejaba oír. No es que me haya preocupado demasiado, pero me producía cierta inquietud un silencio tan abrumador y tan repentino. No obstante, me recosté y dormí.

No sé cuánto tiempo habrá transcurrido, pero un grito desgarrador me despertó de repente. No parecía cercano, pero heló mi sangre. Tomé mi escopeta y me dirigí hacia donde provenía el grito. Conocía bien el lugar por haberlo recorrido innumerables veces, por lo que avance tan rápido como lo permitía la frondosa vegetación. El ambiente se presentaba más bien tétrico, iluminado como estaba, por la luna y por el absoluto silencio que reinaba. El grito se repetía a intervalos más o menos prolongados, pero ahora sí pude escuchar claramente lo que decía: "este puesto es mío!"

No supe que pensar pues hasta donde sabía no existía puesto alguno en el bosque, ni militar ni mucho menos del ferrocarril. Llegué hasta un pequeño claro, pero no me aventuré a entrar en él, sino que agazapado entre la vegetación observé... y vi.

Era una especie de casa, baja, cuadrada, que tenía al lado una pared inusualmente elevada, tal vez de 5 o 6 metros de altura. Estaba muy derruida y obviamente abandonada. No podía explicarme yo como es que estaba esa construcción en este lugar, y como es que no había dado con ella antes. Efectivamente parecía más bien un puesto que una casa de

familia. El porqué de esa construcción y su finalidad eran para mí un enigma.

En la pared más alta de la casa, estaba el origen de los gritos. Quedé atónito al ver a alguien sentado en ella, colgando las piernas. Me agazape rápidamente y me quede observándolo. No parecía verme, más bien parecía como si escrutara el horizonte, lo cual era absurdo, rodeados de árboles como estábamos.

La luna iluminaba intensamente el boque lo que me permitió observar detalladamente a esta persona. No parecía estar herido, aunque tenía la ropa hecha girones, una camisa muy gastada, pantalones rotos a la altura de sus rodillas, y descalzo. No podía ver su rostro. Pero era lo inhumano del sonido de su voz y no su aspecto lo que me estremecía y aterrorizaba. Es difícil intentar describirla, era una voz como no había escuchado yo nunca antes, demasiado monocorde para un ser humano normal. Evidentemente era alguien que no estaba en sus cabales ya que cada tanto gritaba "este puesto es mío", como un desafío hacia sabe Dios quien.

En verdad no sabía qué partido tomar. Si intentaba retroceder me parecía imposible no delatar mi presencia pues el mas leve rumor de la vegetación revelaría mi posición. Por otro lado, si le hablaba no sabia que esperar de ello ya que si era un fugitivo lo mas probable era que acabe muerto él, o yo.

Finalmente opte por moverme sigilosamente y rodear la construcción, y ver si había más personas en ella. No tardé en arrepentirme de haber hecho esto. Lo que vi me dejó estupefacto ¿Como es posible? ¿Cómo es posible que *algo* así exista en el mundo de los vivos? No había terminado de rodear el puesto cuando levanté la vista hacia donde todavía estaba gritando el ser (no puedo llamarlo de otra forma) ¡Estaba hueco! Tenía toda la espalda abierta, no había nada dentro suyo. Ni siquiera sé como explicarlo. Iluminado como estaba por la luz de la luna podía verlo con toda claridad, no había espalda, ni huesos, ni órgano alguno, y sin embargo estaba oyéndolo gritar.

Quedé paralizado unos instantes ante lo que veía. Sin saber qué hacer, en medio de un inmenso bosque, a la madrugada, sin un alma viviente en kilómetros a la redonda, solo y con eso sentado en la pared, mi cerebro se resistía a creer lo que mis ojos estaban viendo.

Resolví desandar mi camino y tratar de volver por donde había llegado dejando este lugar maldito atrás, pero eso significaba pasar de nuevo por delante de la construcción y de esa cosa. Me puse la escopeta en la espalda y avance agazapado, lo más sigilosamente posible, mirando de tanto en tanto al ser que continuaba gritando, sin embargo, me era difícil mirarlo constantemente pues debía ver por donde avanzaba a fin de no

advertirle de mis movimientos.

Había avanzado un trecho casi en diagonal a su posición cuando de repente advertí de nuevo un silencio absoluto. Instintivamente me volví para observarlo y me di cuenta de que había girado su cabeza y ahora me miraba atentamente.

No podía ver claramente sus facciones, solo sus dientes refulgían bajo la luz lunar ¡Había en su rostro una sonrisa tan innoble, tan maligna!, y cuando comenzó a reír quedamente fue un sonido que me enloqueció, resonaba en todo el bosque, era una risa baja, como un murmullo, era algo atroz. Ante esta situación no me quedaba otra salida, me levanté, tomé mi escopeta y salí corriendo, volviéndome cada vez que podía para mirar que es lo que hacía eso. Pero el demonio seguía sentado en la pared, riéndose, y viendo como yo huía despavorido.

No duro mucho en esa posición. No puedo decirles a ustedes como bajó de la pared pues simplemente no me creerían, si es que ya no me consideran un loco. Cuando vi lo que hizo no miré más y corrí desesperado a través de la vegetación que estorbaba mi paso.

Mi intención era correr sin mirar atrás, pero por más que lo intenté no pude evitarlo, tenía que ver si estaba cerca o lejos. A pesar de que lo hice varias veces no podía verlo, sin embargo, era evidente que venía detrás mío pues escuchaba su risa a mis espaldas.

Tomé por un terreno que conocía, o creía conocer, pero para mi sorpresa salí a un gran claro del bosque, era una especie de llanura que descendía pronunciadamente, cubierta solamente de césped, sin ningún tipo de otra vegetación. No acertaba a explicarme yo como había surgido esta llanura y como no había pasado yo por ella en mi camino de ida. En cualquier caso, no pude pensar demasiado en ello.

En el extremo opuesto de la llanura, en la parte más baja, había otra construcción de piedra, que me alivió de una forma indecible. Era una especie de iglesia. Parecía de una época remota, en mal estado, aunque sólidamente construida y con una gran cruz en su parte superior. Había luz en su interior, lo cual me decía que el párroco del lugar estaba en ella.

No puedo explicar la alegría que sentí al encontrarme con un lugar sagrado donde resguardarme, y con un hombre de Dios que me ayudaría, en última instancia, a enfrentar al demonio que venía detrás mío.

Atravesé sin dudar la gran llanura que me separaba de la iglesia, mas sosegado al darme cuenta de que la risa había cesado. Corrí sin darme tregua y sin mirar atrás. Al llegar a la mitad de la extensa llanura me detuve a recuperar fuerzas, giré para ver si mi perseguidor seguía todavía mis pasos y me quedé helado. Éste estaba parado, en el borde del

bosque, donde había estado yo hacía unos instantes, y observaba todos mis movimientos. ¿pensaba? ¿es que ese demonio estaba pensando? ¿por qué me observaba de esa forma?

Durante unos instantes que duraron siglos nos observamos mutuamente, en silencio, en esa llanura olvidada de Dios. No podía distinguir su rostro, solo su pelo largo y blanco que casi resplandecía a la luz de la luna. De repente cambió de actitud y comenzó a avanzar rápidamente hacia mí, ¡Pero la forma! La forma en que avanzaba el demonio era espeluznante. ¡reptaba! Su posición era totalmente horizontal, con los brazos y piernas muy abiertos, reptaba a una increíble velocidad.

Creo que por unos segundos me quedé paralizado ante lo atroz de la escena. Existe un límite, creo, hasta donde un cerebro racional puede aceptar algunas cosas. Cruzado ese límite el cerebro se quiebra. El mío, si no estaba quebrado ya, no tardaría en estarlo.

Al ser una vegetación baja pude ver como bajaba reptando la llanura. Ese era el motivo por el cual yo no pude verlo en el bosque, venía reptando detrás de mí, pero la vegetación me impedía verlo. Ahora si lo veía claramente en toda su inhumanidad. Cuando me recuperé de la parálisis momentánea, comencé a correr desesperado hacia la iglesia. La risa comenzó a sonar de nuevo en la noche, por momentos la escuchaba muy cercana y por momentos más alejada. No me explicaba el motivo de esto, pero no podía darme el lujo de observar lo que pasaba a mis espaldas. Todo lo que quería era llegar hasta la iglesia.

Cuando finalmente estuve en ella solo atiné a empujar con todas mis fuerzas su gran puerta de madera si detenerme a golpear. Entre y atranqué la gran puerta con lo que pude encontrar adentro.

A pesar de estar iluminada con innumerables velas, no veía a nadie en ella. Parecía positivamente abandonada. Llamé, pero nadie contesto. Comencé a temer por la vida del párroco, si es que había tenido la desgracia de encontrarse con el demonio esta noche. Si así era, pues bueno, tendría que hacer frente yo solo a la situación. Dispuse de unos momentos para recorrer por dentro esta iglesia, pero no se parecía a una en absoluto. Parecía una casa adaptada para el rol de iglesia, con varias habitaciones y un salón principal que hacia las veces de altar.

No pude recorrer todas las habitaciones pues me dirigí hacia el salón del altar que estaba al fondo de la casa. En eso estaba cuando escuché la risa de nuevo. El demonio había llegado hasta la iglesia. Oía la risa circundarla, lo cual me decía que ese engendro estaba reptando alrededor de la iglesia sin poder entrar en ella. Imposibilitado de hacer otra cosa comencé a rezar a Dios y pedirle que me permitiera ver otra vez la luz de día. Como si hubiese estado escuchando mis plegarias, el demonio frenéticamente comenzó a dar vueltas a la iglesia a mayor velocidad pues

sus manos y pies hacían un ruido muy singular al dar contra el suelo, sin poder entrar sin duda en el lugar sagrado. En un momento dado, la risa se detuvo justo detrás de mí. Estaba separado yo del demonio solo por una pared de piedra. Y ahí se quedó, riendo con esa risa maldita y gutural hasta que terminé mis plegarias.

Terminado que hube, también las risas cesaron. Y vi aparecer en el umbral de la puerta del salón a un hombre muy anciano y canoso, muy delgado, aunque ancho de hombros y vestido de sotana negra, iera el párroco! No recuerdo haber sentido mayor alegría en mi vida. Ahora tenía con quien enfrentar este trance. Me miró, sorprendido de recibir a alguien a semejantes horas.

Una vez que lo puse al corriente de la situación, no mostró sorpresa en absoluto ni dudó de mi relato, al contrario, me dijo conocía bien al monstruo. Atrancó bien puertas y ventanas. Me contó que era un alma maldita que penaba por las soledades del bosque buscando algo que no podía decirme. Sabía de las andanzas del monstruo por la llanura y por los alrededores de la iglesia y me repitió sin saberlo las mismas palabras que mi padre hace muchos años atrás: "que había noches en que el bosque no era el mismo".

Preguntéle que quería decir el monstruo con ese grito, el anciano me miró sorprendido, como dudando si contestarme o no. Finalmente me dijo que a pesar de lo que dice, lo que busca el demonio es un sustituto, alguien que tome su existencia maldita. Sin embargo, me dio ánimos y me dijo que al final todo resultaría bien.

- "será una larga noche" me dijo, "prepararé algo para comer" y se fue a la cocina.

Es en estos instantes de aparente sosiego que aprovecho para describir brevemente lo que sucedió en esta noche maldita que aún no termina. Si está en la mano de dios permitir que sobreviva, entonces nadie verá este manuscrito pues seré yo mismo quien se ocupe de que nadie pise este lugar olvidado. Si no sobrevivo, bueno, entonces el manuscrito hablará por mí.

El párroco ha vuelto, está en el otro extremo del salón sirviendo la comida.

De repente en el silencio abrumador de la noche la risa que había cesado hacía rato ya comenzó de nuevo. De espaldas a mí sin inmutarse, el párroco parecía no oírla. Estaba yo inmóvil escuchando de donde procedía ahora aquel sonido infernal, mirando fijamente al anciano sin atreverme a hablar siquiera cuando noté los extraños pliegues de la sotana en su

espalda que se movían acompasadamente.

Lo que tomé por extrema delgadez no era tal. ¡Tenía la espalda hueca! era él mismo quien estaba riendo, ¡el párroco era el demonio!